

También ejerce en Camboja el poder soberano un rey absoluto y déspota, que modifica y cambia las leyes, impone tributos, se apodera de casi todas las rentas públicas y dispone de ellas según más le convenga; está sostenido por un débil consejo de cinco mandarines.

Hue tiene sus ceremonias como Pekín. Allí se tiene sumo cuidado en que los signos exteriores distingan las diferentes clases. Los mandarines llevan una sombrilla sola, mientras que en las provincias llevan varias, según su rango. Las hamacas de los empleados superiores son de algodón ó de seda encarnada; las de los sabios, de color azul, y descansan sobre una viga dorada. Para las visitas de etiqueta se va siempre en hamaca, con acompañamiento de criados que llevan sombrillas y de lacayos armados de palos. Los franceses dicen que, antes que sus embajadores llegasen á Hue en 1873, los mandarines habían empleado un mes entero en discutir y determinar las ceremonias de las recíprocas visitas. Siam, entre otros regalos que pidió en correspondencia de sus tributos á la corte de Pekín, solicitó algunos eunucos prácticos en las ceremonias.

Lo que se hizo en estas cortes en los tiempos en que había más abundancia de recursos, lo demuestran las ruinas de los palacios en Camboja. Entonces el país estaba más poblado, era más rico, y á lo menos una parte de su población era más ilustrada. Como hoy día, el cultivo del arroz era la base de la agricultura, y los lagos y pantanos llenos de pescados contribuían esencialmente á la alimentación del pueblo. Las ciudades estaban rodeadas de murallas, y en su centro se elevaba el templo, en el que no faltaba su biblioteca correspondiente. Al lado de las pagodas había monasterios y escuelas para los novicios, y á corta distancia el palacio del príncipe, que en sí era otra ciudad donde no faltaba el observatorio del astrólogo de la corte. Fuera del recinto vivían los menestrales y comerciantes. La pompa del soberano tenía carácter indio. Sus palacios con tejados dorados y embellecidos con mosaicos y paredes de varios colores, correspondían á la pompa de las ceremonias y al lujo de los trajes. En los bajos relieves de Bajón y Angkor se ven representadas procesiones regias. Rompe la marcha la música real de guerra, siguen jinetes armados de jabalinas, arqueros con yelmos, guerreros de á pie con coraza, venablo, hacha y mandoble; y á continuación centenares de mujeres con guirnalda de flores y joyas. Probablemente correspondían á la actual guardia femenina del interior del palacio, en la corte de Siam. Después siguen los magnates en palanquines dorados ó plateados. Unos criados les llevan la caja del betel y el quitasol escarlata para resguardarlos del sol; sus adornos variaban según el rango. Luego aparecían la reina y su séquito sobre preciosos lechos portátiles, y un enjambre de criados que llevaban ricos recipientes, pequeñas pagodas é ídolos. Finalmente aparecía el rey, montado en un elefante pomposamente enjaezado, escoltado por guerreros sobre elefantes con los colmillos dorados y cargados de preciosos anillos y collares. El rey tiene en la mano el Prea-Khan de los soberanos khmeres, y está rodeado de porta quitasoles. Cerraba la marcha una numerosa caballería.

Se celebraban delante de los reyes combates de atletas, regatas en botes hechos de un tronco de árbol que tenía la forma de un dragón, riñas de gallos, cerdos y bestias feroces, corridas de caballos y carros, á los que enganchaban búfalos, ciervos y panteras. Asistían á las representaciones de los misterios brahmánicos, y su diversión favorita eran las danzas de las bayaderas. Estos reyes se prosternaban tan sólo en los templos. Mientras todo el pueblo se postraba ante ellos, los sacerdotes se inclinaban únicamente en presencia de los dioses. Todavía en Siam, cuando se celebra la llamada fiesta de las aguas, los varones entran en la pagoda, beben el agua del juramento y renuevan la promesa de fidelidad al rey; esto demuestra la relación que tienen entre sí las ceremonias religiosas y políticas.

En ninguna parte existe un Estado nacional aislado como en la China, el Japón y Corea. La población de Siam, en tiempos de Bowring, se calculaba en seis millones, uno de chinos, otro de malayos, dos de siameses, uno de laos y otro de cambodjanos. En este cálculo no entran los salvajes convertidos al budhismo y residentes en las aldeas laos.

El modo de tratar á los pueblos vencidos es parecido al usado en China. Cuando los siameses destruyeron en 1828 la capital del Laos, Vienchan, dividieron el mismo Laos en provincias, á cuya cabeza colocaron individuos de la familia real indígena, rodeándolos de una guardia que los vigilaba; esos príncipes se llamaban khiaos. Los anamitas exigieron tan sólo un pequeño tributo de marfil y cera á los putais, que éstos pagaban puntualmente, añadiendo cada año un jarrón de bronce como prenda de amistad.

El sistema del Asia oriental de cerrar el paso á los extranjeros, ha dominado también en la India posterior.

En la zona fronteriza chino-birmanesa hay una masa de razas montañosas, cada cual con su príncipe, que sostienen relaciones entre sí y con Birmania, China y Siam. En algunos casos son tributarias de los tres; en la mayoría lo son de Birmania y China. Las fronteras no están fijamente determinadas.

Los pueblos sometidos de la India posterior están fraccionados hasta lo sumo, lo que prueba en las grandes potencias una política muy astuta. Dupuis supuso que el Yunnán era el asilo común de las poblaciones originarias del Asia oriental. Hoy día, sin embargo, parece que no existe lazo político ó social entre esas razas, en cuyas aldeas, que son otros tantos puntos aislados, la población no llega á 100 almas. Su enorme número se limita mucho considerando cuántas veces se toman nombres políticos por indicaciones etnográficas. Con los laos, que representan más que nación una política, se han fundido casi por completo los putais, que parece hayan poseído allí un reino antes que los siameses y laos. Sus mismos restos, pues, son más bien una idea política que una idea etnográfica. Los cambios del nombre contribuyen también á que el número de las razas parezca mayor, y las palabras kuy, kha, muong y otras muchas todas las cuales significan *hombre*, sirven por error para indicar ideas etnográficas ó políticas.

LIBRO SEXTO

CIRCULO DE PUEBLOS ESTE-ASIATICOS

CAPITULO PRIMERO

ASIA ORIENTAL

«Así como la India ha permanecido inaccesible á las influencias del Asia central, el Este de Asia las ha admitido con lo cual ha quedado más firmemente unida con el continente y se ha desentendido de todo lo que allende los mares se extendía olvidando por ende, durante muchos siglos, su misión natural de ser el puente de paso para América.»

El Asia oriental es uno de los países más favorecidos de la tierra en la zona templada, por su posición, su forma y fertilidad. La China tiene fronteras naturales que limitan su vasto territorio. Por el Sudeste y el Este la baña el mar; por el Sud la cordillera desde Kuangsi y Yunnán, se extiende escarpada hasta el interior de la Indo-China; montes nevados la separan del Tibet por el Oeste; y una cordillera con escasísimo número de puertos la separa por el Noroeste y el Norte de la llanura elevada del Asia interior. Como segunda frontera, que con frecuencia ha sido de gran utilidad, corren las impetuosas aguas del Hoangho superior. A lo largo de esta frontera elévase esa muralla coronada de torres, de la cual dijo Humboldt: «Viene á ser una frontera natural; á la vez que no se podía elegir un punto mejor para frontera política.» Exceptuando la India posterior, los países fronterizos son llanuras elevadas, cuyas condiciones de cultivo son casi siempre muy desfavorables, y por consiguiente están escasamente pobladas. Verdad es que con frecuencia la China, debilitada por un mal gobierno, debió sucumbir al empuje de las hordas nómadas, procedentes de esos *mares de arena*, pero con el tiempo llegó á dominarlas por medio de las virtudes de colonización, es decir, de la laboriosidad, perseverancia y previsión. Protegidos por su situación, los chinos han podido gozar por espacio de muchos siglos, sin ser molestados, de las ventajas que les proporcionan abundantemente las condiciones de su territorio.

China está dividida en dos sistemas orográficos principales, separados por una estribación del Kuenlún, que penetra desde el Asia central hasta Ngan-Khing, atravesando la China. Al Sud, el territorio elevado del Tibet consiste en cordilleras, cuyas más altas cumbres miden 1,600 metros. Hacia Oeste y Sudoeste, en el Setchuán y Yunnán se extienden varias mesetas relacionadas entre sí. En el Norte, la China antigua, hay vastas llanuras caracterizadas por el curso inferior de los dos caudalosos ríos Yan-tse kiang y Hoangho y por el canal imperial que los enlaza. Esas llanuras están tan sólo interrumpidas por la

cordillera Chantung, que surge como una isla y es una península geográfica.

Nada ciertamente más triste que las mesetas del interior que contribuyen esencialmente al azote de la China del Norte, los torbellinos de polvo; pero su fertilidad favorece el desarrollo del cultivo en el Asia oriental. El limo que acarrea los ríos fertiliza las llanuras. La China del Norte no es país de exportación para el arroz y otros productos del campo, como lo es la China del Sud, pero sí bastante productiva para alimentar á una numerosa población. La China central viene á formar un delta desde Tientsin hasta el Ningpó. La China meridional es un fértil país del interior, favorecido por las condiciones del clima. Al Occidente, la gran provincia de Setchuan es una región agrícola feraz. Richthofen, hablando de la llanura Hwai-kingfu y Tuhingwa, dice: «Es semejante á un jardín; numerosos árboles, espesos matorrales, bosquesillos de bambúes y cipreses contrastan con sus varios tintes, formando un ameno parque. El suelo es muy fértil y está bien cultivado, de manera que por sus abundantes cosechas recuerda las mejores comarcas europeas. Claros arroyos bajan del Nai-Nang-Chan. Sin embargo la población es tan numerosa que apenas bastan las riquísimas cosechas para alimentar á los labradores.»

El sistema fluvial chino se debe dividir también en dos partes principales; el del Norte, cuyos ríos de apacible curso corresponden á la forma del territorio, el cual va en paulatino descenso, y el del Sur que posee en el Takiang una corriente considerable, comparable á la del Irawadi. Característico es el crecido número de ríos costeros que van al mar entre el Takiang y el Yan-tse kiang, y que en la mayoría de los casos ofrecen bastante profundidad para favorecer el tráfico en la región del te entre la costa y el interior, y han ido adquiriendo importancia hasta para el tráfico europeo. Las condiciones climatológicas explican la abundancia de aguas. Las investigaciones geológicas explican por otra parte una navegabilidad tan extensa. R. Fortune expresa la sorpresa que causa la profundidad del lecho de los riachuelos en los distritos del te, y dice: «Al ver uno de esos ríos parece mentira que sea navegable, pero el trabajo y la perseverancia todo lo vencen.» Un gran número de ciudades situadas á orillas de esos ríos viven del tráfico que éstos facilitan y del aumento de tripulaciones de los botes que se efectúa en dichos puntos. No es tan sólo la paciencia, la laboriosidad y la habilidad, sino también el desprecio de la pérdida de tiempo, propio de los chinos, á pesar de su espíritu comercial, lo que permite realizar viajes en tales condiciones.

Richthofen nos informa de las causas geológicas de tan extensa navegación, especialmente en la China del Sudeste. «El curso de cada río, dice, consiste en líneas que se cor-

tan en ángulo recto y en las que se substituyen recíprocamente estrechos barrancos y fáciles valles, que han sido anteriormente lagos. Pero el terreno fué expuesto á erosiones por tan largo tiempo que se llenaron los lagos é hicieron desaparecer las desigualdades de los barrancos, de manera que todos los ríos son navegables, y en su mayoría hasta cerca de sus fuentes.» Lo mismo dice Richthofen de la provincia de Hunán, donde tantos ríos son navegables por la misma causa.

El antiguo camino interior desde Nankín á Cantón, el más importante del colosal imperio, además del canal imperial y el Yan-tse-Kiang, se vale en parte de los afluentes. A pesar de las muchas líneas de vapores ahora existentes, seguirán los chinos sirviéndose con preferencia de ese camino por mucho tiempo.

No es de extrañar que desde 600 años antes nuestra era hasta 1851 el Hoangho haya cambiado de embocadura ocho veces, y, ora reunido con el Yan-tse-Kiang, ora separado de él, ó bien más allá de la cordillera peninsular Chantung, ó ya en el centro, haya por fin encontrado un camino al mar, corriendo por el cauce del Tatsig. Los chinos estaban entonces menos adelantados en la ciencia del ingeniero que en las artes mecánicas; construyeron diques á lo largo del río, pero incurrieron en un grave error queriendo disminuir la masa de sus aguas, pues ignoraban que los canales de derivación disminuyen tan sólo la rapidez, pero no el caudal de un río. El Yunnan es la única provincia aislada hidrográficamente; pues la mayoría de sus ríos tiene fuerte pendiente y cauces profundos, á manera de barrancos. Sin embargo cuenta dicha provincia con una vía acuática principal, que llega casi hasta su centro atravesada por importantes caminos comerciales.

Menos favorecida es la China por lo que respecta al desarrollo de sus costas. Al Norte del Yan-tse-Kiang no hay buenos puertos, y los pocos fondeaderos se van obstruyendo visiblemente á causa de la considerable formación de sedimentos, que se efectúa en el golfo del Petchili y en el mar Amarillo. Los chinos del Norte no tienen nada de marinos. La China central y la del Sud poseen en cambio numerosos y buenos puertos, y los navegantes chinos casi todos pertenecen á esas regiones, especialmente á los distritos de Cantón, Amoy, Ningpó y Futchú. La costa es rica en lagunas y albuferas. El país no posee muchos lagos interiores de gran extensión, pero el Pojang tiene una enorme superficie de agua, muy peligrosa en las tempestades. Parece un mar. Innumerables botes le cruzan por todas partes, y tan sólo unos islotes de bambúes flotantes recuerdan que es un lago interior.

El clima de China es sumamente benigno. Aunque en el continente haya cambios de temperatura notable (en Pekín baja el termómetro en invierno á 29,8 y sube en verano hasta 25°), las abundantes lluvias de la monzón, que siguen á la primavera templada y seca, le dan, por decirlo así, un carácter tropical, y no sería posible pensar en el cultivo del arroz y del te sin el copioso riego del verano.

Las islas japonesas rodean el mar á manera de arco vastísimo, cuyo extremo Norte llega á la de Sakalín y se junta con las Kuriles, mientras el extremo Sud se inclina á Corea y la serie de las Linkiu avanza hacia Formosa. El punto más próximo del continente es Corea, que en la historia aparece como el puente por el cual el elemento fundamental chino de la civilización japonesa se abrió su camino á Nippón y Kiusiu, atravesando Tsuchima. La mayoría de las islas japonesas consiste en un terreno montuoso de formaciones antiguas, con cumbres volcánicas, la más elevada de las cuales, el Fusiyama (3.748 metros) ocupa lu-

gar preferente en el arte, la tradición y las creencias de los japoneses. Los estrechos que separan entre sí á dichas islas son fáciles de cruzar. Ninguna de ellas tiene un río navegable por barcos de gran calado. El tráfico se efectúa casi siempre por caminos de costa y por medio de pequeñas embarcaciones de cobotaje. El paisaje en estos sitios suele ser sumamente hermoso. Collados cubiertos de bosques se prolongan á veces hasta la orilla del mar, en otros puntos forman el fondo de los campos de arroz, elevándose en escarpadas plataformas de color verde claro. En los valles, formados á manera de barrancos, se ocultan innumerables aldeas. Pero esta costa es peligrosa á causa de las tempestades y las corrientes, aunque más rica en puertos que la de la China septentrional. En el invierno soplan en el Occidente del Japón tan impetuosos vientos del Norte que el tráfico se paraliza durante meses enteros.

El territorio de la flora chino japonesa abraza el país del Amur hasta Sikiang y en el interior hasta Kuku Nor. La mitad meridional de Sakhalín, las Kuriles y la cadena de islas desde el Japón hasta Formosa. Comprende un mundo de plantas, principalmente de formas norte asiáticas é indias, verdaderamente admirables. La abundancia y variedad de los gigantes arbustos son análogas á las de los países tropicales. El número de árboles y plantas, en el Japón, está en proporción de uno á tres con respecto á los demás productos; descolando entre ellos los laureles, los bambúes y los árboles resinosos. Entre estos últimos los pinos y los abetos se parecen por sus formas á los del Norte, los cipreses y los cedros á los de los países bañados por el mar Mediterráneo; pero los llamados *gingko* y el *podocarpus* son especiales, de hojas muy anchas, y no se encuentran en ninguna otra parte. Los árboles de hojas permanentes están representados por muchas variedades. Entre los de hojas caducas, los más numerosos son los alerces, las hayas, los olmos y los castaños. Entre los arbustos son tan numerosas las camelias, que de ellas procede el nombre del imperio, y después de éstas vienen los rododendros y los bojés. La planta del te es notabilísima; las magnolias llegan hasta Jesó, el pisang hasta Chusán. Los arbustos no forman espesuras ó setos, sino verdaderos bosques, que miden hasta diez metros de alto. Las palmeras llegan hasta Tchekiang y Yedo, así como el *panax* y el *fatsia*, del cual se saca el papel. El límite de los bosques llega en el Fusiyama á 2.600 metros de altitud. El conjunto de las variedades de ese territorio se puede calcular, como el europeo, en 6.000. De toda la superficie del reino del Mikado, una novena parte tan sólo está cultivada. La causa de ello se puede atribuir á las condiciones políticas que imperaban en el país antes de 1868, pues el gobierno del Shogún, á fin de que no creciese demasiado el poder de los daimios, exigió la separación absoluta de las propiedades de estos últimos, estableció únicamente un escaso número de caminos públicos, y éstos casi todos con objetos militares, y por fin decretó que los campos, que eran propiedad del príncipe, no pudiesen ensancharse. La limitación del cultivo en un terreno reducido, que debía por esta misma razón aprovecharse todo lo posible, fué la consecuencia de tales medidas y quedó disminuído hasta lo sumo el producto destinado á la venta. A esto se añadió que sólo aumentándose extraordinariamente el producto en el terreno concedido, era posible pagar el tributo (de 50 á 70 % de cada cosecha); la falta de pago de este tributo era castigada con la degradación hasta la ínfima clase del pueblo. La vida especial, casi vegetativa de la población, debía ser causa de que ésta se dedicara con preferencia al cultivo de hortalizas. Los bosques tienen grandísima extensión en el Japón.

Las grandes ciudades están rodeadas de árboles como si se hallaran colocadas en océanos de verdura, y en la vida del japonés el bosque, las hojas y las flores ocupan un lugar preferente, lo que no sucede en otros pueblos de Asia. Las nuevas estadísticas estiman el terreno ocupado por bosques en un 41 %, lo que unido á las praderas desiertas, que se calculan en 37 %, forman un 78 % de terreno inútil para la agricultura. Esta floresta vastísima no es exclusivamente el producto de la naturaleza: casi la mitad de ella consiste en plantíos, establecidos para aumentar el material de construcción, y esta medida fué tomada mucho antes de que en Europa se pensase siquiera en ello. Las plantaciones comprenden un gran número de árboles resinosos.

En el Norte de China casi no hay bosques hasta llegar á montañas inaccesibles, y los chinos tienen muy pocos plantíos de árboles frutales; hasta la madera para hacer los ataúdes se debe sacar de otros países. Los chinos han sido muy favorecidos por la suerte, pues mientras en el Asia del Sudoeste y probablemente también en la central, la destrucción de los bosques ha tenido por consecuencia la falta de lluvias y la esterilidad, no tuvo semejante resultado en China. Las lluvias han disminuído, pero son aún muy abundantes, y bastan para mantener todas las provincias de China en un estado sumamente fértil. En el territorio del Yan-tse-Kiang, Cooper vió los primeros árboles, desde que salió de Hankeou, y eran un par de pinos. Algo más abundantes en bosques son algunas comarcas del Sud, donde hasta las cordilleras cerca Ningpó tienen varios montes cubiertos de hermosos bosques, que consisten casi únicamente en *Pinus sinensis*, *Cryptomeria japonica* y *Cunninghamia lanceolata*. Uno de los árboles más elevados es el bambú, cuyas ramas son un preciosísimo material para diferentes usos. La ligereza, la flexibilidad y la robustez son sus principales cualidades. El bambú, después de la seda y del arroz, representa un papel preferente en la industria y en la vida; es uno de los productos naturales de más provecho en la China, más importante todavía que el de las minas. El bambú crece muy rápidamente, á veces medio metro en 24 horas. El mijo dulce es también muy útil, y se cultiva mucho en las partes más elevadas; los tallos sirven para combustible, y de las semillas se saca buen aguardiente. Pero el arroz le lleva siempre la ventaja, aprovechando, como planta de verano, todas las favorables condiciones del clima caluroso de China. Además del cultivo de cereales y del te, que falta completamente en Corea, los chinos cuentan 70 clases de morales para alimentar los gusanos de seda. Hay muchos melones y sandías.

Las patatas prosperan, y hay muchas plantas para fabricar papel (*Brcussonetia*, *Aralia*) y añil en tres variedades. En la China no tan sólo no se exporta arroz, sino que á veces se importa de la América del Norte.

China es rica en minas de bronce y carbones minerales. Hay que recordar también el cobre, el zinc, el estaño, el níquel, el oro y el ámbar amarillo. Es extraño que los chinos no se hayan dedicado á tales explotaciones con la paciencia y asiduidad que mostraron en otros trabajos menos provechosos. Richthofen dice «que Chansí es uno de los más importantes territorios del mundo en punto á minas de hierro y carbón mineral. Algunas de las provincias del Norte y centrales son extraordinariamente ricas en carbón mineral, entre éstas Petchili, Chansí y Hunán; en el Sud Setchuán especialmente encierra un gran número de dichas minas; hay también muchas de bronce ferruginosos. El Japón abunda también en carbón mineral

y en hierro, pero tiene mucho menos oro y plata de lo que se creía en vista de las relaciones de Marco Polo y Kämpfer. Sólo el cobre existe allí en grandes cantidades.

CAPITULO II

TRIBUS MONTAÑESAS DEL ASIA SUDORIENTAL

«Razas primitivas que corresponden á la idea que se suele tener de los salvajes.»

H. DE SCHLAGINWEIT.

Ojeada general. — Restos de antiguas poblaciones en la China. — Los chanes en la Birmania del Norte. — Razas. — Traje. — Adornos. — Tatuaje. — Armas. — Actividad económica. — Familia. — Fraccionamiento político.

Desde el Himalaya del Este hasta el límite oriental de la Indo China y de las montañas que encierran el curso central del Irawadi, del Salwen y del Menam, hasta en las provincias chinas de Kuan tung, Kueit-chu, Kuang si, Setchuán y Yunnán, habitan pueblos de aspecto mogol ó malayo, que parecen ser oriundos ó afines de la raza chan, cuya única fracción independiente, bajo el concepto político, son hoy día los siameses, mientras que existen tradiciones de un gran Estado Tai en la India posterior del Norte ó en la China del Sud. Desde Oeste á Este los pueblos más importantes de este grupo ampliamente fraccionado son, además del siamés, las siguientes tribus del Assam Nordeste: aka, daphla, miri, bor-abor, midchi y michmi; luego las tribus de la frontera indio-birmánica, garo, khassia y naga; en Birmania los chanes, que formaron, en otros tiempos, nueve Estados en el Yunnán; los lolos, los mias y otras pequeñas tribus que han formado la provincia menos china del imperio, en la que todavía poco puede la autoridad de los distritos chinos.

Muchos de estos pueblos ocupaban anteriormente un territorio más vasto. Se supone generalmente que la China antes de llegar á ella procedentes del Norte sus actuales habitantes, estuvo habitada por pueblos de razas tibetanas, birmanas y siamesas, todas las cuales fueron sometidas ó rechazadas por los invasores; las que quedaron adoptaron poco á poco la lengua y los usos chinos. En las montañas inaccesibles, solamente se encuentran pueblos independientes, que ahora se pueden dividir en tres grupos principales: los sifanes, pueblo de raza tibetana en la frontera del Kanú; los miaotses, que pertenecen á los pueblos de Tai, en las montañas situadas en medio de las provincias de Setchuán, Yunnán y Tibet, y también en las partes más ásperas de otras provincias del Sud; los lolos, pueblo birmano en la cordillera del Yunnán. Los chinos llaman laos y lava á unos pueblos numerosos de la frontera Sudeste de Yunnán, y á los birmanes lava-min. Los nombres miaotse y lolo tienen cierto parecido con los de los mutsa y laulau, tribus salvajes que habitan cerca de Kiangtung. De la historia del viajero chino Matuantín se pueden sacar las siguientes noticias sobre las razas del Sud. Primero había los liaos, sin cultura, rudos, pero débiles, los cuales habitaban Setchuán, el Kansu del Sud y hasta el Chensi del Sudoeste. Pronto desaparecieron expulsados por los panhus que se esparcieron desde el grado 105 hasta 111 de longitud Este, y desde las montañas de Nankín hasta las fronteras de Hunán y Chensi. En el siglo v de nuestra era, los panhus poseían nada menos que 80.000 poblaciones entre ciudades y aldeas. Se cuentan cosas maravillosas de su fuerza y destreza. Los linkuinlonges de Hupe, que probablemente fueron sometidos en el cuarto siglo, desaparecieron